

La librería vista a través de los ojos de un escritor, un editor y un lector

Jesús BALLAZ ZABALZA*

La librería es uno de los lugares más nobles de una ciudad. Es el lugar, junto con las bibliotecas, donde algunas personas, por desgracia aún no muy numerosas, van a hacer ese acto de recogimiento que propicia un encuentro con la racionalidad. El que entra en ese espacio mítico, ese no-lugar, donde las preocupaciones habituales quedan como suspendidas, hace un alto en el camino a la búsqueda de alimento para su mente. Yendo de una estantería a otra ojeando libros, mantiene un discurso interior intenso con sus preocupaciones, con sus ideas, en busca de aquello que pueda alimentarlas.

Junto al universo mundo y al universo virtual que es internet, la librería representa ese otro universo inabarcable, el del conocimiento, sumamente apetecible y al mismo tiempo apabullante porque sabes con seguridad que te desborda.

La librerías tienen, pues, para mí algo de entrañable, de muy particular, pero también algo de universal. El conjunto de la realidad es lo que está en los libros y éstos los tengo a mano en unos pocos metros cuadrados. Es como si las librerías me ofrecieran el conocimiento en bandeja.

En mi caso, me acerco a las librerías sucesivamente subdividido en tres personajes que tienen mucho que ver con esos establecimientos: como editor, como escritor y como cliente.

La librería es el último eslabón que permite que mi trabajo llegue al cliente. No puedo menos que sentir una fuerte empatía con los libreros. Quisiera que todos fueran ricos. Si a ellos les va bien, a los editores nos va bien. Pero las librerías venden los libros de la editorial para la que yo trabajo y los de otras muchas. A menudo acudo a ellas a ver lo último que han sacado los competidores más directos, a tomar el pulso al momento. Comparo precios, me fijo en los autores, en los diseños de las cubiertas, en las tipografías, en la calidad del papel, en cómo están dispuestos los libros, en si tienen apoyo publicitario... Intento adivinar hacia dónde apuntan las nuevas tendencias, cotejando las informaciones que ya tengo con las nuevas que voy logrando poco a poco y con mis convicciones o mis manías. Ante las divergencias o lo que no me cuadra, hago preguntas al librero sin darle a entender el porqué de mi interés.

De esas visitas como editor, a menudo salgo de las librerías deprimido. Hay tantos libros que considero mi trabajo inútil. ¡Ya lo hacen otros! Además, tengo la impresión de que lo hacen

129

* Autor de *Comeré fresas contigo*

mejor que yo. Sus cubiertas me parecen más llamativas, sus tipografías se leen mejor, los títulos elegidos son más acertados. ¿Para qué volver al despacho a seguir publicando si ya hay de todo? Me asalta ese tipo de depresión por abundancia que me pone ante mis ojos la constatación de la inutilidad de mi esfuerzo.

Cuando publiqué mis primeros libros —siempre libros infantiles y juveniles—, y ya entonces no era tan joven, recorría las estanterías de las librerías a ver si descubría un libro mío, a ver si tenían en cuenta mi trabajo como escritor. A menudo no estaban allí y me llevaba una decepción. ¿Cómo es que no tenían mis libros? ¡Tan fantásticos!

La librerías no suelen ser locales muy grandes. ¿Cómo van a contener ni siquiera las novedades, si cada año se publican en España más de sesenta mil libros? Así pues, con el tiempo he entendido que no es nada extraño que les falte un libro mío y de otros muchos autores, incluidos los más reconocidos. La oferta que tienen las librerías, por muy abundante que sea, nunca será suficiente para satisfacer la curiosidad de todos los lectores. La librería es un espacio físico, por tanto limitado, mientras el deseo y la curiosidad es un aspiración mental que no tiene límites. Así pues, ya no me parece tan extraño que no tengan un libro mío ni siquiera en los casos en que hace muy poco que ha salido. Ya he aprendido que los libros tienen una existencia social efímera. Lo lamento, pero es así, y ya me he reconciliado con esta fatalidad al parecer inevitable.

130


En cambio, las librerías son una fiesta cuando acudo a ellas como lector. En ellas no me pasa el tiempo, me encuentro bien, de tal manera que me sirven también para matar ratos de espera. Si voy con tiempo y no a la búsqueda de algo concreto, me doy una vuelta por toda ella. Miro y remiro las áreas donde se acumulan áreas de conocimiento que ya nunca abarcaré. Me fijo con envidia en el señor que está ojeando un libro de física que yo nunca aprenderé a descifrar o en la señora que compra un título de microbiología que para mí siempre será un arcano. Envidia, pura envidia. Me detengo en los espacios que me suelen interesar más, la filosofía, la sociología, la psicología social, la literatura, la historia, la teología, los libros para niños... No es que cultive todos esos campos, pero llama la atención lo nuevo que aparece y que tendría ganas de leer. Si hay una sección de libros en varias lenguas, también los hojeo, aunque en algunas de ellas apenas sea incapaz de intuir lo que dicen. Soy una de las personas a las que le hubiera gustado conocer todas las lenguas para no encontrar barreras entre mi curiosidad y los contenidos de los libros. Me fastidia no llegar al interior de los mismos porque no conozco el código en que su autor lo escribió. Me he sorprendido a mí mismo en la gran librería que hay junto al Zeil, el bulevar comercial de Francfort, acariciando el lomo de libros de Adorno o Gadamer, aunque mi escásimo conocimiento del alemán no me diera para penetrar en ese deseado jardín de ideas.

Vivo en Barcelona y a menudo me cito con mi hijo mayor, que también gusta de esos merodeos, en La Casa del Llibre del Paseo de Gracia o en La Central. Creo que le gusta venir conmigo porque siempre acaba saliendo con algún libro que no tiene que pagar él. Y a mí también me gusta ese juego de complicidad porque nos permite seguir manteniendo un diálogo padre-hijo, un diálogo intelectual y también personal que, sin mediar los libros y ese lugar que llamamos librería, tal vez no tendríamos.

Cuando voy a Pamplona a ver a mi familia, aunque sea por dos días, no hay vez que no entre en alguna librería. Ahora frecuento Auzolan, más cercana al domicilio, y antes solía ir al Parnasillo donde Javier me descubría alguna joya nueva o alguna mala traducción castellana de algún autor catalán. Me lo hacía notar porque yo, hace unos años, traduje autores catalanes al castellano. Recuerdo que una vez me hizo notar el extraño comienzo de un libro, traducido al castellano por una reconocida novelista catalana, que decía así: “Me hicieron a manos un libro...” Y con esa sorna amable de los sabios, me preguntó: ¿Cómo hacen los libros en Barcelona? ¿A mano? Era una mala traducción de la expresión coloquial: “Em van fer a mans un llibre...”, cuya traducción correcta sería: “Me entregaron un libro...” Me faltó tiempo, al regresar a Barcelona, para comentar al editor, a quien conocía, la aguda observación que me habían hecho en Pamplona. Los libreros finos, por fortuna, hacen también la función de crítica poniendo un cedazo por los que no pasan los libros que se ha hecho con piedrecitas demasiado gruesas por hacerlos deprisa.

Uno de los motivos de orgullo para una persona que ama los libros es regresar a su ciudad y ver las librerías bien nutridas, en castellano y en euskera. Las librerías visibilizan mejor que cualquier otra instancia lo que es una sociedad. En ellas están las puertas de entrada al mundo del conocimiento y de la fantasía. Cuantas más puertas de estas mantengamos abiertas, mejor mantendremos a raya la intransigencia.

IRATXE



**LIBROS
ANTIGUOS.
VIEJOS.
RAROS.
CURIOSOS
Y AGOTADOS**

**Bajada de Javier, 12
Tel. 657 226 159
Apartado de Correos 31
31080 PAMPLONA - IRUÑEA**